

# **BLANCO, CARLOS. DIOS, CIENCIA Y FILOSOFÍA. DE LO RACIONAL A LO DIVINO (ALMUZARA, CÓRDOBA 2019)**

## *Índice*

### Prefacio

1. El concepto de Dios como pregunta
  - 1.1. El postulado: Dios es una pregunta, no una respuesta; es la proyección a lo desconocido
  - 1.2. La posibilidad infinita de la pregunta: *Homo interrogans* y el límite asintótico de la mente humana
  - 1.3. La lógica de la evolución: lo determinado y lo indeterminado
  - 1.4. La superación de la mente humana
  - 1.5. Dios y el orden matemático del universo
  - 1.6. Dios, resto siempre pendiente
  - 1.7. Las religiones, correlatos del grado de desarrollo de nuestra autoconciencia
  - 1.8. ¿Pruebas de la existencia de Dios?
  - 1.9. Dificultades del concepto de Dios como horizonte de posibilidades derivado del orden matemático del universo; Dios y la teoría de conjuntos
  - 1.10. El Dios-pregunta y la música de Bach
  
2. Hacia una fe filosófica: razón e imaginación
  - 2.1. La racionalidad científica, su poder y su belleza
  - 2.2. La imaginación: puerta a lo desconocido, anticipo de lo posible
  - 2.3. Racionalidad y minimización de presupuestos
  - 2.4. La fe, la intuición y la razón
  - 2.5. Ciencia y trascendencia
  - 2.6. La intuición de lo divino más allá de las religiones históricas
  - 2.7. El triunfo sobre el nihilismo
  - 2.8. La libertad expresiva, entre la *Natura naturans* y la *natura naturata*: el arte y la redención creadora de la humanidad
  - 2.9. El renacimiento de la mente humana

### Epílogo



## *Prefacio*

¿Tiene hoy sentido la idea de Dios? ¿No ha sido completamente desterrada por la visión científica del mundo, que parece relegarla a un estadio superado de la evolución de nuestra conciencia?

Evocar el concepto de “Dios” implica apelar también a la posibilidad de un sentido (o sentidos) de la existencia humana, que dependería de la realidad de un ser supremo, principio y fin de todo cuanto es. Por tanto, la pregunta por Dios no puede desligarse fácilmente del interrogante sobre el significado de la vida humana, de nuestros esfuerzos y anhelos, de nuestras aspiraciones, logros y sueños truncados.

Creo que la pregunta por Dios nos acompañará siempre. Nos ha flanqueado en nuestra odisea intelectual desde los albores de la autoconciencia. Cuanto más nos afanamos en atrapar a Dios y en subsumirlo en el seno de nuestros conceptos, más se nos escapa, más se distancia de nosotros y más remoto y esquivo se nos antoja. Más rápido se expande su arcana silueta, como este universo acelerado y vertiginoso en que habitamos, pues cuando creemos haber desahuciado a Dios del horizonte del pensamiento, enseguida reaparece su enigmática y alargada sombra, que es nuestra sombra, y con mayor intensidad alza el vuelo sobre lo conocido, para mostrarse como ese resto siempre pendiente que inspira una búsqueda infinita.

En este libro he intentado proponer una idea de Dios compatible con la imagen que la ciencia nos proporciona sobre la estructura y el funcionamiento del universo. Más aún, una idea de Dios digna de las capacidades de la mente humana, siempre abierta a explorar horizontes desconocidos, como si estuviera abocada a recorrer una senda intrínsecamente infinita, estímulo perenne del espíritu. El Dios sobre el que he tratado de teorizar en este trabajo dista mucho de las concepciones tradicionales (deístas, teístas e incluso panteístas), que lo definen como primer motor inmóvil, pensamiento que se piensa a sí mismo, *Ipsium Esse Subsistens*, acto puro, inteligencia suma, mónada suprema, totalmente-otro... Estas caracterizaciones de lo divino son insuficientes, pues contradicen las evidencias científicas disponibles y desembocan en inconsistencias lógicas insalvables. Por ejemplo, si Dios es perfecto, es también omnisciente, luego ha de conocer el destino del universo en todos sus detalles, dado que es la hechura de sus manos. Por tanto, nada ha podido quedar al margen de su determinación inicial, que ese ser divino ya conocería desde el principio (y probablemente *ab aeterno*). No somos entonces libres, y el mal es fruto de la acción creadora de Dios y de sus decretos primordiales, reflejo puro de su perfecta bondad. La aparente libertad humana, la posibilidad de elegir cuando nos enfrentamos a la disyuntiva entre el bien y el mal, sería una inmensa y embelesadora ilusión, pues en realidad todo respondería a un proceso necesario, a un camino inexorable que el hombre ha de resignarse a surcar y que ha sido promulgado por la sabiduría inconmensurable del Dios eterno.

Yo no hablo de un Dios personal que, dotado de voluntad e inteligencia, vela por los destinos del mundo y de la historia. Tampoco de un Gran Arquitecto que, una vez puesta en marcha la gigantesca maquinaria del cosmos, renuncia a intervenir en el curso de los acontecimientos. Me confieso agnóstico en torno a la verdad de estas concepciones de Dios. No sé si existe ese Dios creador del mundo, que guía providencialmente la evolución de la materia, de la vida y de la conciencia, y no creo que sea necesario postular la existencia de un Gran Arquitecto a quien atribuir el orden

sublime y subyugante que impera en todas las parcelas del universo conocido, cuya perfección matemática sólo puede despertar la admiración más profunda en quienes lo contemplan y entienden.

¡Qué fácil y cómodo resulta apelar a ese Dios tapagujeros cuando flaquean las fuerzas de nuestra comprensión científica! ¿Cómo se origina el universo? Por acción divina. ¿Cómo se mantiene estable el sistema solar? Por acción divina. ¿Cómo surgen las especies? Por acción divina. ¿Cómo nace la conciencia? Por acción divina. ¿Qué sustenta los principios de la ética? La voluntad de Dios... Esta perspectiva menoscaba la dignidad de nuestra razón, obligada a aceptar de antemano una respuesta a la honestidad de sus interrogantes. Al igual que muchos suplen las lagunas de nuestro conocimiento sobre determinados misterios arqueológicos de la prehistoria y de las primeras civilizaciones postulando la intervención de extraterrestres, otros encuentran en el diseño y en la acción de Dios la justificación de todos los fenómenos que hoy por hoy se resisten al brío explicativo de la ciencia. En vez de investigar libremente y sin prejuicios, abiertos a lo desconocido y a la revelación de nuevos mundos, extraños e inesperados, nos proponen ya una solución universal que ratifica sus ideas de partida, válida para las situaciones más dispares: una respuesta en busca de preguntas. Este dogmatismo mutila las alas de nuestra búsqueda científica. Adormece el espíritu. Nos impide progresar, avanzar por sendas no transitadas, para rectificar y retractarnos cuando la realidad sorprenda a la imaginación y desafíe la angostura de nuestras expectativas. Es un Dios restrictivo, que oprime nuestra mente, en vez de un Dios expansivo, que la amplíe y nos invite a formular apasionadamente nuevas preguntas. El único dogmatismo aceptable es la fe ciega en el poder de la razón humana para entender y engrandecer el mundo.

El Dios que aquí expongo tampoco se identifica con el mundo. Difiere así de las filosofías de corte panteísta, para las que “todo es Dios”, es decir, todos los objetos del universo constituyen manifestaciones de una esencia más profunda, de una especie de *noúmeno* divino en cuya matriz hundirían sus raíces ontológicas. En mi opinión, el panteísmo cristaliza a Dios en la forma actual de la naturaleza. Lo congela en estructuras concretas, cuando el mundo no ha mostrado aún todas sus posibilidades. Su versión más críptica, el denominado “panenteísmo” (“Todo está en Dios”), esclarece poco sobre el significado de la preposición *en* y prácticamente nada sobre la naturaleza del ser divino, por lo que más bien se me antoja un artificio semántico, desprovisto de potencia explicativa real. Pues ¿cuál es la diferencia conceptual más profunda entre un enfoque panteísta y otro panenteísta? Si todas las cosas están en Dios, y dependen existencialmente de la esencia divina, son entonces parte de un mismo espacio entitativo. Así, en su fundamento primigenio no son otra cosa que prolongaciones de la realidad divina, luego no gozan de auténtica autonomía ontológica.

Por ello, lo que aquí sugiero es una visión de Dios como pregunta, esto es, como horizonte del cuestionamiento de la mente humana. Siempre podríamos formular nuevas preguntas, por lo que ese horizonte jamás se clausuraría. Dios emerge entonces como el límite infinito al que puede tender la capacidad humana de cuestionamiento, de imaginación y racionalización. Esta posibilidad asintótica brota, en cualquier caso, del maravilloso orden matemático que rige el universo, de la armonía de sus leyes. El universo se presenta como un vasto y esmerado sistema lógico, compuesto por unos elementos y unas reglas de inferencia, o leyes que gobiernan su comportamiento. Dios es tanto el sistema formal de leyes universales como las posibilidades que de ellas se derivan. De un pequeño número de leyes expresables en lenguaje matemático nacen

innumerables posibilidades, un infinito en potencia que, en una de sus líneas de despliegue, ha propiciado el surgimiento de la conciencia humana, de la que han germinado las grandes obras del arte y del pensamiento científico, sus hitos más excelsos. Un hilo sutil y glorioso conduce de la matemática cósmica a la creatividad humana. Llamémoslo Dios, o la necesidad, o una confusa mezcla de azar y necesidad, o el poder...

Esta idea de Dios puede ayudarnos a afrontar el grave desafío del nihilismo. Si estamos condenados a desaparecer, si somos un sueño efímero en la larga historia del universo, y ni las obras más deslumbrantes del genio de la humanidad resistirán la fuerza de una naturaleza ciega y sorda a nuestras aspiraciones más profundas, ¿para qué vivir? ¿Para qué trabajar con tanto desnudo por mejorar el mundo, por crear, por construir, por desentrañar los misterios del cosmos y de la vida y por legar una sociedad más justa a las generaciones venideras? ¿Dónde podrían residir los sueños más hondos de la humanidad?

Siempre he creído que cada persona debe tener derecho a responder a su manera a la pregunta por el sentido de la vida. Ha de hacerlo por sí misma, sin verse condicionada por sistemas filosóficos, modas de pensamiento, dogmas religiosos o prejuicios culturales.

El mayor desafío es existir. Existir es un reto, una aventura, un regalo insólito de la naturaleza que no deja de hallarse sumido en el misterio. Por mucho que logremos desvelar sus causas gracias al vigor de la racionalidad científica, persiste, implacable, el interrogante más profundo por su significado y su destino. Asistimos, en realidad, al desafío de ser libres y de orientar esa libertad hacia fines constructivos. Pues, en efecto, pese a las grandes posibilidades intelectuales que hemos recibido y desarrollado, como la conciencia, la racionalidad, la fantasía y el ensueño, es incomprensible la cantidad inenarrable de barbarie, injusticia y egoísmo que existe en el mundo. El sentimiento de superioridad, la falta de solidaridad con nuestros semejantes, la agresividad, el egoísmo... Sigue siendo difícil de entender que el ser humano desperdicie tanto tiempo y tanta energía haciendo el mal (lo que nos destruye, aleja y ensimisma) en vez de usar su mente y su voluntad para fines más nobles, puros y universales.

El mayor misterio es para qué existir. He intentado resolverlo con la convicción (o más bien la esperanza) de que la búsqueda intelectual, la adquisición de conocimientos y la comprensión de lo que nos rodea se alzan como verdaderas razones y estímulos para vivir. “Conoce y comprende” constituiría la máxima existencial suprema enarbolada por esta perspectiva filosófica. Sin embargo, no estoy seguro de que esta propuesta resulte enteramente satisfactoria y mitigue la angustia existencial que a tantos aflige. No puedo garantizar, en suma, que refute el nihilismo. Es sólo una propuesta, y es precisamente en su carácter imperfecto y fragmentario donde mejor se atisba la huella inestimable de la libertad humana, porque la búsqueda de la verdad es una batalla heroica contra el infinito.

Acosado por tan afilada ambigüedad, no he tenido más remedio que servirme de todas las facultades de la mente humana. Podría haberme limitado a redactar un tratado filosófico, a valerme exclusivamente de la luminosa pero tantas veces fría racionalidad, del análisis lógico y empírico, pero no he podido. Algunas ideas, algunas percepciones netamente intuitivas, parecían rehusar una exposición estrictamente lógica, por lo que he sucumbido también al imponderable fervor estético, al arte, al lirismo, a la prodigalidad de la fantasía. Así, enfrentado al dilema inexorable entre razón y

sentimiento, me he negado a elegir. El lector encontrará racionalismo puro y exaltación poética de la creatividad humana, una visión escrupulosamente científica de la vida y la exuberancia de un idealismo que se afana en enaltecerla, en mistificarla, en divinizarla; paradoja que, por otra parte, no hace sino recapitular la confusa situación del ser humano, su fragilidad, su agonía y su soledad cósmica, inmerso en una búsqueda de destino incierto. Porque la respuesta a la pregunta por el sentido la construimos cada uno de nosotros con nuestras propias vidas.

Concebir a Dios como el horizonte futuro de la creatividad humana, como lo que una mente mucho más elevada que la nuestra podría representarse, invita a entonar un canto a las posibilidades de nuestra especie, a proclamar que aún cabe esperanza en medio de estas inmensidades impersonales y oscuras. Semejante idea de Dios rinde culto a la creatividad humana, a nuestro genio, a esa posibilidad de coronar las cimas más sublimes que late en lo profundo de nuestra conciencia, de cuya semilla pueden florecer los hermosos árboles del amor y del conocimiento.

## ***1. El concepto de Dios como pregunta.***

### ***1.1.El postulado: Dios es una pregunta, no una respuesta; es la proyección a lo desconocido***

Quiero proponer una nueva idea de Dios. Quiero pintar un lienzo filosófico en el que Dios no sea una respuesta, sino una pregunta; no un ser realizado en el aquí y en el ahora del universo, sino el término de un proceso de búsqueda y de interrogación que proyecta la mente humana hacia un límite potencialmente infinito. No un Dios que responda a todos los interrogantes científicos, filosóficos y morales del ser humano, sino un Dios cuya evocación sirva para avivar perennemente nuestra posibilidad de formular preguntas, tesoro de la mente humana. Dios será entonces una pregunta incesante, o más bien la posibilidad de formular incesantemente preguntas, brisa que renueve continuamente nuestro espíritu. Dios se perfilará así como *el límite asintótico al que puede tender el pensamiento humano* en su esfuerzo ciclópeo por crear conceptos que nos ayuden a comprender el mundo y a entendernos a nosotros mismos.

Presento esta interpretación como un postulado o afirmación establecida axiomáticamente como verdadera, cuya plausibilidad emergerá con nitidez a la luz de los resultados filosóficos a los que nos conduce. La concepción de Dios como pregunta funcionará así como un principio rector en nuestros razonamientos, o más bien como un faro que ilumine nuestra reflexión. Desde esta perspectiva, la idea de Dios no aludiría a un ser existente en paralelo al universo físico. Tampoco representaría una proyección de los deseos más hondos del ser humano. Dios sería la mente del futuro, y por tanto la pregunta presente sobre cómo podría ser una mente mucho más elevada, profunda y luminosa que la nuestra. Una mente más sabia, más poderosa, más compasiva, más capaz de comprender la totalidad de los fundamentos y de las conexiones entre los fenómenos del mundo. Una mente que tendiera hacia la perfección, límite infinito y quizás inalcanzable, pero siempre presente como horizonte de posibilidades. Ciertamente, si la mente humana quedase estancada en un estado concreto de la imaginación y de la razón, nuestro postulado se refutaría de inmediato, por lo que la lógica del edificio conceptual que de él depende dejaría de sostenerse.

Una mente suprema identificaría el principio de los principios. Todo lo unificaría en un fundamento desde el que reducir la infinita complejidad a una bella y poderosa simplicidad. El universo y la mente resplandecerían como un todo integrado, exento de presupuestos inútiles, de entropía cognitiva, de desorden conceptual. La conciencia humana exhibe una capacidad subyugante para unificar lo diverso, para discernir principios que vinculen lo múltiple en el crisol de una unidad más profunda. Selecciona y reconstruye características del mundo e infiere principios generales con los que paulatinamente elabora modelos más completos del mismo mundo, hasta casi agotarlo y reducirlo a un mapa de escala 1:1. Esta posibilidad se revela como el límite asintótico que sellaría la conquista de la verdad plena, ideal por antonomasia del intelecto. Por tanto, esa mente utópica no haría sino prolongar al infinito la inercia

misma de nuestra conciencia, su desarrollo hacia mayores cotas de unificación conceptual y de visión totalizante. Lo que ahora contemplamos como un mosaico de fragmentos, como una realidad atomizada y divergente, brillaría ante los ojos de ese espíritu superior como una unidad más pura y ordenada. Si ya nuestra mente se caracteriza por una habilidad extraordinaria para unificar lo distinto y detectar patrones de regularidad en el seno de la naturaleza, si en el concepto logramos integrar lo diverso en virtud de un principio común, es legítimo postular una tendencia hacia un mayor grado de unificación intelectual. En su estela, la imaginación conseguiría concentrarse, potencialmente, en un foco más fundamental y universal. Esa unidad-totalidad sería Dios, el concepto supremo, la posibilidad de las posibilidades, la forma de las formas.

Ha llegado el momento de alumbrar un nuevo enfoque, de concebir a Dios no como un ser en competencia con el mundo y con el hombre, sino como la expresión de un horizonte de posibilidades. Lo que hoy imaginemos sobre ese escenario futuro palidece inevitablemente ante lo que podría concebir una mente más evolucionada que la nuestra. Nuevas y mejores posibilidades, más universales y profundas. Dios es la asíntota a la curva, el límite de una función que nunca toca el eje; es el “entonces” infinito al que podría tender indefinidamente una mente mucho más lúcida que la nuestra, capaz de percibir unidad más allá de la multiplicidad.

La fe en Dios ha languidecido, y para muchos no tiene sentido hablar de un hipotético ser supremo, todopoderoso creador del universo y rector último de sus destinos. Se trataría de un concepto superado filosófica y científicamente. Muerto Dios, o más bien asesinado por el desarrollo científico y el consecuente triunfo de la visión materialista del mundo, sólo quedaría la brillantez del hombre abierto al futuro. De hecho, pienso que los teólogos, así como los filósofos comprometidos con la defensa de la teología, deberían admitir de una vez por todas que muchos de nuestros contemporáneos no están hambrientos y sedientos de Dios, ni buscan, como la cierva, la fuente de las aguas. Honestamente, no veo la ubicuidad del *a priori* religioso sobre el que tantos han teorizado. La idea de Dios proviene de fuentes diversas, como la educación, el miedo o la especulación individual, pero no nacemos determinados a buscar a Dios. Dios no es una idea innata, y su búsqueda no es una necesidad intrínseca de nuestro espíritu. Lo que las religiones monoteístas llaman revelación no es otra cosa que el descubrimiento gradual de verdades profundas sobre la existencia humana. Se trata, por tanto, de un proceso “de abajo arriba”, no de “arriba abajo”; no es un don gratuito descendido de lo alto, sino el justo premio al ascenso progresivo de nuestra mente a cumbres cada vez más puras y elevadas. Además, esas verdades quizás no sean permanentes, pues pecaríamos de suma irresponsabilidad filosófica si nos empeñáramos en consagrar certezas contingentes como proposiciones inmutables, algo que sólo me parece válido hacer con unas pocas verdades lógicas y matemáticas.

Lo importante, en cualquier caso, es aprender a admirar la excelencia ética y la hondura humana de algunas enseñanzas del cristianismo y de otras grandes religiones; saber extraer su significado más profundo, el núcleo de inteligibilidad latente, pero sin concebirlas como una lluvia sobrenatural derramada por la gracia divina. Son verdades naturales, o más bien culturales, es decir, añadiduras a lo dado por nuestra inserción en un mundo físico en constante evolución. Centellean como conquistas tan sólidas del espíritu humano que a efectos prácticos se nos muestran como adquisiciones casi sobrenaturales; no como concesiones de una naturaleza tantas veces pródiga y generosa con el hombre (aunque otras cruel y despiadada), sino como fruto del trabajo, del esfuerzo, de la difusa mezcla de necesidad e iniciativa que define el itinerario de nuestra



especie. Así, lo auténticamente sobrenatural es la cultura. Lo que el hombre añade a la naturaleza, lo que no viene determinado por nuestra herencia genética. Lo que irrumpe como un nuevo amanecer sobre el horizonte de la vida, el resplandor de la gran aurora de la creación humana: la invención del hombre por sí mismo. Casi todo lo que las religiones atribuyen a lo sobrenatural reside realmente en la cultura; no en un espacio inabordable y ajeno al mundo, sino en las anárquicas pulsaciones de ese universo fulgurante y creativo que es la cultura.

El debate sobre la existencia o inexistencia de un ser supremo, trascendente al mundo y dotado de infinito poder e irrestricta sabiduría, nos ha hecho perder de vista que la divinidad, más que una realidad efectiva, más que un ser situado en paralelo a los entes del mundo, puede concebirse como una pregunta abierta, o más bien como la frontera entre nuestro conocimiento y nuestra ignorancia. De este modo, Dios sería el horizonte de lo desconocido, cuya vastedad sólo puede avivar la fuerza de la pregunta en el espíritu humano. Este modelo adopta una postura agnóstica con respecto al Dios tradicional del teísmo filosófico, el Dios de San Agustín, Santo Tomás de Aquino o Leibniz, pero postula un Dios-posibilidad que se amplía con el desarrollo de la mente humana, de su razón y de su imaginación.

Este Dios no es totalmente-otro al mundo, sino totalmente-posible al mundo. De hecho, la idea de un “totalmente-otro” al mundo me resulta incomprensible. ¿Cómo sería? Si es totalmente-otro al mundo, si no guarda ninguna relación con el mundo, entonces jamás podré comprenderlo, ni él podrá comunicarse conmigo. Tendré que rendirme ante él. Claudicaré como ser humano. Dejaré de ser hombre, porque ser hombre significa ejercer la libertad y usar la razón para entender el mundo.

Al concebir una forma distinta de la divinidad, rendimos homenaje al misterio de nuestra mente. De todas las maravillas que hay en el mundo, ninguna es comparable a ella, fuente de prodigios aún por descubrir. También de horrores y tragedias, sin duda, pero es precisamente en la posibilidad de una superación del estado actual de nuestra mente, ensombrecido por el egoísmo, la ignorancia y el particularismo, donde estriba una esperanza tan firme como luminosa.

Muchos exaltan lo innombrable, pero lo que hay que hacer es comprenderlo. Vibra algo profundo y estético en la idea de Dios, y un impulso demasiado poderoso me impide renunciar por completo a una noción tan desafiante. Lo que deseo plantear aquí es una concepción de lo divino compatible con la racionalidad científica. Una idea de Dios válida para nuestro tiempo. El Dios al que puede aspirar la mente humana. El Dios que merece la mente humana.

Hay algo hermoso y enaltecedor en la posibilidad de que siempre se alce un resquicio de ser más allá del presente, de las constricciones actuales del espacio y del tiempo; un misterio incondicionado, un altar desconocido, un cielo nuevo, una “ulterioridad” sobre lo dado. Es la divina oscuridad de lo que no comprendemos, que nos hace amar la luz ante la paradoja de su ausencia. Hay demasiada belleza en la idea de Dios como para despacharla a la ligera. Este concepto condensa algunos de los ideales más elevados y cristalinos de la mente humana. Infinidad de firmamentos, almas y aspiraciones vierten sus aguas en una sola noción, tan intrigante como abrumadora. “Así olvidaron los hombres que todas las deidades habitan en su corazón”, escribió el gran místico y poeta británico William Blake. Hambre y sed infinitas de perfección, permanencia y creatividad subyacen a la idea de Dios; de un “más” que todo lo relativice, y todo lo ponga a la espera de una trascendencia futura. Por ello, ni quiero ni

puedo renunciar por completo a todo lo que evoca la idea de Dios. Prefiero reinterpretarla, resignificarla a la luz de la ciencia y de las posibilidades creadoras de la mente humana. Este estímulo inextinguible nos ofrece una posibilidad de elevación constante de la mente, teórica y práctica. Nos plantea un horizonte potencialmente infinito de mejora intelectual y ética, un estímulo inacabable digno de nuestros anhelos y de nuestras posibilidades. Sería también el Dios del arte como expresión libre de nuestra mente; el Dios dulcificado por la belleza, el Dios que sólo refleja belleza, pero una belleza pura y perfecta, ideal al que tendería la imaginación humana en su búsqueda perenne de una verdad que sólo puede concebirse como límite asintótico de nuestros esfuerzos intelectuales.

## *Nota bibliográfica*

En este ensayo he destilado y sistematizado intuiciones filosóficas que yacen dispersas en otros trabajos míos, donde las he desarrollado con mayor amplitud. La concepción de Dios como límite al que puede tender la mente humana en su capacidad para imaginar y razonar la he expuesto de manera más o menos explícita en *Grandes problemas filosóficos* (Madrid, 2015) y en *La belleza del conocimiento* (Madrid 2015). La aproximación a la racionalidad como minimización de presupuestos vertebrada la propuesta epistemológica que he tratado de desarrollar en *La integración del conocimiento* (Madrid, 2018), y las nociones metafísicas fundamentales relativas a la oposición entre mundo (concebido como mismidad, esto es, como mero comparecer) y conciencia (valorada como el “comparecer no-compareciendo”) constituyen el arco de bóveda de *Conciencia y mismidad* (Madrid, 2013). La discusión sobre los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios ocupa el grueso de mi ensayo de 2001 *Diálogos en torno al argumento ontológico* (incluido en *Libro de las recreaciones*). Inspirada en ideas de Leibniz y Hegel, la noción de “superforma” como “concepto de conceptos” se perfila en “Esbozo de la teoría de la superforma”, de 2003 (incluido en *Ensayos filosóficos y artísticos*, Madrid 2018). La tentativa de superar las religiones históricas mediante la fe filosófica y la creatividad estética la he planteado en *Más allá de la cultura y de la religión* (Madrid, 2016) y, de forma más poética, en *Athanasius* (Úbeda, 2016). También he dedicado algún que otro artículo al pensamiento religioso de Einstein (“Albert Einstein, lo sagrado y lo misterioso”, en *Miscelánea Comillas*). Por su parte, la reflexión neurocientífica y filosófica en torno a la creatividad humana aparece en textos como *Lógica, ciencia y creatividad* (Madrid, 2014). De la profunda admiración que siento por las grandes mentes de la historia y por los momentos más brillantes de la epopeya humana he dejado constancia en *Mentes maravillosas que cambiaron la humanidad* (Madrid, 2007), *Leonardo da Vinci, o la tragedia de la perfección* (Madrid, 2015) y *Libro de las recreaciones* (Granada, 2017).

## Referencias bibliográficas

- Blanco, C. *Ensayos filosóficos y artísticos*, Dykinson, Madrid 2018.
- Blanco, C. *La integración del conocimiento*, Evohé, Madrid 2018.
- Blanco, C. *Libro de las recreaciones*, Dauro, Granada 2017.
- Blanco, C. *Más allá de la cultura y de la religión*, Dykinson, Madrid 2016.
- Blanco, C. *Athanasius*, DidacBook, Úbeda 2016.
- Blanco, C. “Albert Einstein, lo sagrado y lo misterioso”, *Miscelánea Comillas* 73/142 (2015), 215-224.
- Blanco, C. *La Belleza del Conocimiento*, Siddharth Mehta, Madrid 2015.
- Blanco Pérez, C. *Grandes Problemas Filosóficos*, Síntesis, Madrid 2015.
- Blanco, C. *Leonardo da Vinci o la Tragedia de la Perfección*, De Buena Tinta, Madrid 2015.
- Blanco, C. *Lógica, Ciencia y Creatividad*, Dykinson, Madrid 2014.
- Blanco, C. *Conciencia y Mismidad*, Librería Editorial Dykinson, Madrid 2013.
- Blanco, C. *Philosophy and Salvation*, Wipf and Stock Publishers, 2012.
- Blanco, C. *Mentes Maravillosas que Cambiaron la Humanidad*, LibrosLibres, Madrid 2007.